

UN INFIERNO DEL QUE PODEMOS SUSTRARNOS

¿Tiempos oscuros, difíciles, dolorosos? Demasiado poco. Digámonos la verdad: esta tierra es un infierno, y nosotros estamos dentro. Reconocerlo ayuda a entenderlo y a evitar estar subyugados, en el pensamiento y, consecuentemente, en la acción. Obviarlo, por el contrario, nos hace impotentes y sometidos, y finalmente cómplices.

Mirar a la cara a la realidad para interpretarla desde un punto de vista humanista nos permite orientarnos, sin dejarnos aniquilar, y encontrar las razones positivas que alimentan una posibilidad diferente para los seres humanos.

Es lo que estamos haciendo también desde estas páginas y no sólo ahora, de manera convencida, casi siempre solos, aunque siendo apreciados.

La violencia y la guerra se propagan en el mundo. Las amenazas se combinan entre ellas, se entrelazan y se superponen. Se muere en México porque se quiere enseñar, secuestrados por policías y políticos criminales; se muere en la guerra en Ucrania porque no se quiere dejar la casa y la vaca; se muere en el canal de Sicilia, víctima de los traficantes, porque se está obligado a huir de la propia casa; se muere en la propia casa, asesinados por padres y maridos. Se muere en París porque se dibujan viñetas molestas o en un café de Copenhague, en un debate sobre blasfemia, en una discoteca siciliana por una pelea o en Nigeria a manos de Boko Haram; se muere en Iraq, Siria y en otros lugares bajo los golpes de los neonazis del ISIS. Ahogados, disparados, quemados, decapitados, bombardeados, congelados o golpeados.

Se muere porque se es musulmán, cristiano, judío, ateo, hinduista o budista. Se muere porque se es mujer o niño, o por el color de la piel. Se muere por la calle, en los lugares de culto, en el trabajo, en los barrios. Asesinados por parientes o por desconocidos, por casualidad o por intención, por guerra o por terrorismo. Que sean Estados o bandas, que estén organizados o solos, que generalmente sean machos y a menudo violadores, los portadores de muerte violenta tienen una intención precisa o simplemente una pistola y la usan.

Se propagan los escenarios de verdadera y propia guerra y la lógica de la asesinabilidad se propaga con ellos, por horrenda ósmosis e imitación. Es esto lo que une casos tan distintos. Es esta lógica la que combatimos. La mayoría de la población de esta martirizada tierra anhela vivir y hacerlo en paz. No es posible que minorías, incluso con peso de asesinos de varios tipos tengan que prevalecer. Es posible, en cambio, sustraerse del infierno y de la lógica mortífera que lo alimenta, defendiendo y afirmando una lógica afirmativa de la vida. Sabiendo que quizás para defender la vida es necesario hacerlo también con las armas, y una vez más estamos cerca de quien se está defendiendo en el campo de batalla, kurdas y kurdos en primer lugar. Pero es una elección extrema, para nosotros la vida de cualquiera es sagrada, siempre y cuando no amenace la de los demás. La vida es el máximo bien para las personas, la vivibilidad es lo que nos comprometemos. Al mismo tiempo es mucho y es difícil. Nuestra visión humanista hace hincapié en las mejores dotaciones humanas, en aquellos recursos a los que puede llegar cualquiera que lo elija para ser generoso, solidario, colaborador y pacificador, capacidades que, expresadas al máximo nivel en las mujeres, permiten a la especie humana vivir a pesar de todo y que, si se desarrollan conscientemente porque son teorizadas, pueden permitirnos vivir mejor. Un punto de vista humano sobre lo humano que estamos fundando, una lógica afirmativa que puede prevalecer sobre la mortífera porque responde a deseos y aspiraciones completamente humanas. Pero para reforzar esta posibilidad de afirmación sustractiva de este infierno necesitamos ser apoyados, de todas las maneras posibles. Se entiende entonces, por qué estamos pidiendo dinero. Para hacer hablar esta voz tan diferente de las que existen, para alimentar una luz que aclare un camino difícil pero posible, para nosotros y para los demás.

Sara Morace
20 de febrero de 2015